

IX

Las dolencias de don José se agravaron lentamente. El médico no ponía muy buena cara, y aunque no esperaba un próximo y rápido desenlace, hablaba de una afección cardíaca, y luego claro, «los años, los pícaros años»...

Una tarde, mientras doña Socorro descansaba, quedó Ana al cuidado de su padre, sentada cerca de la ventana, que tenía las maderas medio plegadas, oponiéndose á que se colara como Pedro por su casa en la triste alcoba, toda la alegría de afuera, esparcida por el aire, por la arboleda y por el mar. De todas estas galas de la Naturaleza, sólo tenía entrada en el cuarto una franja de luz, y ésta no en todo su esplendor, sino

después de dejar parte de sus fulgores en la muselina de una cortinilla blanca. No se oía en la casa más ruido que las pisadas de *Tolete*, que subía ó bajaba la escalera. Estaba envuelta la vivienda en esa tranquilidad y sosiego de la aldea, en medio del cual se oye sin cesar un continuo rumor que viene de todos lados, la voz de los campos en el verano, que convida á soñar, al arrullo de helitros que se rozan, refunfuños de abeja, charlatanerías de hojas que chocan, canto de grillos y cigarras, y de mil animales que parlan, chillan, retozan y cantan que se las pelan, bañados en luz, saltando de hierba en hierba, volando de flor en flor, probando aquí el néctar de una corola, deslizándose allí entre el césped, y disfrutando al aire libre del amor ardiente bajo el amparo del sol.

Más de una hora hacía que el enfermo estaba amodorrado, respirando fatigosamente. Removiése en el lecho al fin, y dijo:

—Es insoportable este calor... ¿Estás ahí, Ana?

—Aquí estoy, papá. La habitación está á media luz. Fuera hace un sol que abrasa.

—¡Pobres enfermos, hija!... ¿Y Socorro?

—Se ha tumbado un rato á descansar. ¿Necesitas algo?...

—Sí. Necesito que continuemos aquella conversación... ¿No te acuerdas?— dijo don José, sentándose en la cama.— Colócame una almohada detrás de la espalda... ¡He pensado unas cosas, chiquilla! Hablaremos, hablaremos... Estos médicos no entienden una palabra, y se me figura que esto no lleva trazas de acabar... digo, de acabar sí... sí...

Hizo una pausa el viejo, en tanto que su hija le arreglaba las ropas del lecho, y prosiguió:

—Me paso el tiempo con la cabeza llena de cosas tristes, niña...

—Pues dentro de unos días estarás tan valiente como antes,—interrumpió Ana vivamente.—Lo que debes hacer es no pensar tanto, tanto... Los hombres siempre imagináis lo peor...

Calló Ana al notar que le temblaba la voz con la emoción. El ciego entonces se volvió hacia ella.

—¿Qué es eso, Ana, lloras?... ¿Estás convencida de que me muerdo, eh?—dijo

con exaltación.—Tú tiembas... No puedo verte llorar, pero lloras... A ver, pronto, háblame tranquila, serena... No me coge de sorpresa... Yo también lo creo...

Haciendo un gran esfuerzo la muchacha, dió á su voz una entonación casi jovial.

—No digas tonterías... ¡Pues bien me acordaba yo de llorar!...

—Ven, me habré equivocado; dame un beso,—repuso con calma el viejo,

Y cuando tuvo á Ana al alcance de su mano, logró humedecer sus dedos con las lágrimas que habían dejado rastro en las mejillas de la joven.

—¿Ves? Querías engañarme. Has llorado. ¿Por qué? Bien lo sabes tú... ¡y yo también, chiquilla! A los viejos no hay quien nos engañe... ¡Dios mío, Dios mío, todos convencidos, todos!...

Después de unos momentos de silencio, don José siguió hablando:

—Sí; las cosas alguna vez han de acabarse. Lo sé yo como el primero... Lo que conviene ahora es pensar en ti y en Socorro, que sois las que quedáis. Tienes que armarte de valor, Anita... Siéntate, y óyeme, que ya es hora...

Tengo remordimientos, niña... A ti te parecerá mentira... Y es que no me conoces, no me conoces.

Oía Ana á su padre, sin atreverse á decir palabra.

—Algo me cansa el hablar, Anita; pero hay que hacer un esfuerzo... Tengo el deber de aconsejarte, de remediar ciertas cosas, ¿oyes? ¿Te acuerdas que poco antes de venir á Rocamar, hemos hablado de asuntos muy serios?... Pues bien; no olvides que me sobran razones para insistir... Tengo el deber de velar por tí, que eres una niña, y mañana te quedarás sin padre... Por eso te he dado consejos que ahora te recuerdo de nuevo...

Interrumpió el ciego su discurso para toser y carraspear; seguidamente extendió una mano huesuda y blanca hacia Ana, y prosiguió:

—Antes de venir me habló Numa de ti, muy formalmente, y ya sabes lo que él pretende... Si yo tuviera, Ana, la seguridad de vivir muchos años aún, no trataría de convencerte... Pero las cosas empeoran... Sí; esto más huele á botica que á jardín de flores... He prometido á

Numa darle noticias de tu resolución, y óyeme bien, esta resolución quiero dársela cuanto antes... ¡sé yo que urge; hoy mismo, ahora, antes de que sea ya tarde... y yo me muera con un tormento, un tormento horrible!—exclamó don José con todo el vigor que pudo.

Nada contestó Ana. En el hablar de su padre, comprendió que venía sobre ella una avalancha de amarguras, y quedó anonadada.

—Dime algo, niña... serénate. Quiero que sepas que tengo motivos poderosos para aconsejar ese enlace...

Don José esperó unos instantes á ver si su hija hablaba, y luego, comprendiendo que nada oponía á sus ruegos por delicadeza y respeto, continuó aclarando sus ideas:

—Tú verás como más adelante me lo agradeces... Hoy te costará trabajo comprender el por qué contrarío tus sentimientos... pero la vida es así; hay que meditarlo todo... El primer impulso siempre es malo, si no viene á confirmarlo el razonamiento frío y sereno... Así como hoy quieres á *ese chico*, mañana amarás á Numa... Debo darte alguna explica-

ción... No quiero que me creas un tirano, que manda y ordena por capricho. ¿Me oyes?... Hay motivos, hay causas que piden esa unión... ¿Me oyes?

—Sí, sí,—balbuceó Ana.

—Bien; así me gustas... Valiente y serena... Déjame descansar un rato. No me siento mal, pero me canso.

Calló el enfermo. Ana dirigió la mirada á la luz de la ventana. En el jardín cantaban algunos pájaros. La joven oyó la voz de *Nolo* que también cantaba allá fuera.

*No può ser hoy,  
no può ser hoy;  
y mañana  
no me da la gana,  
no me da la gana,  
no señor...*

Perdióse la voz á lo lejos como la de un pájaro que pasa, y Ana sonrió leve y tristemente acordándose de aquella alma de niño fresca y risueña.

Reanudó don José su discurso, diciendo así:

—Entre las muchas cosas que tú ignoras, las hay que deben seguir desconocidas para ti; pero otras hay que me

veré obligado á revelarte, para que nunca creas que si yo me opongo á tus deseos, lo hago fundado en fútiles motivos. Ten valor para oírlo... El día que yo falte será terrible para vosotras... seréis muy pobres... Nada os queda, nada os dejo... ¡Dios mío, Dios mío, qué dolor!

Sintió Ana dentro de sí una fuerza heroica que le dictó estas frases:

—La miseria... Bueno, no seremos las únicas. Pero tú no te morirás... No tengo miedo.

—¡Cállate, niña!... ¿Y tu madre? ¿Y mi conciencia?... ¿Por qué no evitarlo? ¿Quieres ver á tu madre vieja y pobre?... No, no hay remedio... Numa te quiere, es rico y bueno... te pido en el nombre de ella, de Socorro, que aceptes... Sí. Hoy escribiré yo á Numa... Quiero morir tranquilo; quiero que nadie sufra por mí... ¿Oyes? ¿Qué dices?—exclamó el ciego con extraña agitación, clavando en Ana sus ojos de estatua.

—¡Dios del cielo!—exclamó la muchacha sollozando,—mamá y yo...

—No perdamos tiempo, contesta, obedece...

—Mamá y yo, viviríamos aquí, en la aldea, con nada...

—Esta casa es de Numa. Nada os queda. ¡Nada!... ¡Y yo me ahogo!...

—¡No, no!—gritó Ana temblando, ardiendo de amor.—Tú, aquí con nosotras... Tú, no te mueres...

Y sin saber lo que hacía saltó hacia la cama, y una bandada de besos filiales que palpitaban en su boca, salió volando á posarse en la frente del anciano. Allí, abrazada á él, hablando con lágrimas y llorando con la voz, vertió sobre su padre la esencia del alma, el cariño de hija. La ternura de Ana brotó de sus labios, convertida en frases, en palabras incorrectas y cortadas; y lo que era inefable, lo más sutil y hondo que elabora el corazón humano, y que nada tiene que ver con el lenguaje, salió también en el efluvio de los ojos, en el color de las mejillas, en el ardor del aliento. Hablaron en voz baja, como dos niños escondidos.

—Haré lo que quieras, todo lo que quieras...

—Lo sabía, niña; tenía confianza...

—Pero no digas cosas tristes; no

pienses en la muerte; ¿me das palabra?...

—Ahora estoy tranquilo... De esta me pongo bueno, Anita... No sabes lo que tenía morir así... sin dejar arreglado...

—Bien; ya está todo... Haz lo que quieras. Lo que siento es haberte disgustado... ¡Qué mala he sido!... Mira, yo tiemblo; no sé qué me pasa. ¡Qué loca estaba, qué loca!...

—Me has quitado de encima un peso enorme, niña... Hoy escribiré á Numa.

—Bueno. Ya ves; estoy tranquila...

Comenzaba á obscurecer cuando doña Socorro entró en la alcoba á relevar á su hija. Al salir ésta del cuarto, oyó decir al enfermo.

—Dentro de un momento tenemos que escribir una carta, Socorro...

Salió Ana á la escalera para bajar al jardín. En aquel instante, parecióle sentir que á través de su alma dolorida se filtraba suavemente una placidez consoladora... Desde el último tramo de la escalera oyó hablar, y se detuvo. La *Mandila* y *Tolete* cuchicheaban en el portalón, y el veterano, á veces, levantaba el gallo:

—¡Pa no hacer caso de mí, como si

yo fuera una burra, más valía que me tiraran al agua atao por el piscuezo!... ¿Pa qué vale el sentío de la sesera, sino pa ver lo que está cantando de puro claro?... Yo ya di mi dictámene ¡crístole! y no quiero ya decir na... ¿Que así, que asao, que esto y lo otro? Bien; pues *Tolete*, con la lengua metía entre los dos carrillos, y los dientes apretaos... ¡Boticarios, facultativos, melecinas (*Tolete* contaba por los dedos). ¡Por vida de!... ¡Le matan como hay Dios en los cielos!... Y cada vez que lo pienso, siento que me andan los humos del cuerpo de aquí pa allá, y en final... que entre ese matasanos y tanta cama, lo llevan al barrio de los calvos, ¡crístole! ¡Y al burro de *Tolete* no lo cree nadie!...

Y decía la *Mandila* en voz baja:

—Pero ¿quién te ha de creer y oír esos rebuznos, manguanazo?... A ver si hablas con más rispeta dē don Laureano y de toos... ¿Quién eres tú mas que un probe calzonazos, que no...?

—¡Calzonazos, no!... Y no me metas las narices por la cara, ni acerques el morro pa razonar, ¡recrístole! porque un día disgraciado, te como hasta las asa-

duras... ¡A buena parte!... ¿No me oyés decir que estoy que ardo?... Pus calla, rispeta y no tienes...

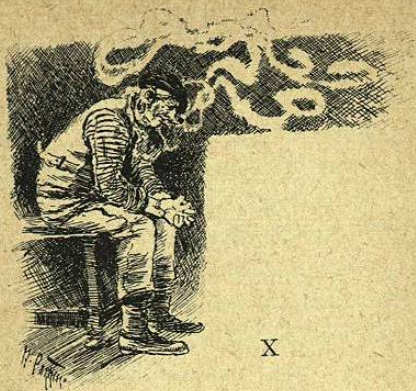
—Chist, abaja el gallo, maldecido...

—Digo con la voz que me da la gana, que aquí no hay competencia, como decía un capitán que tuve...

—¿Qué quíés decir?...

—¿Ves como tienes la mollera desocupada?... Pos quier decir, pa que lo sepas, que don Laureano tien lo que no debía tener, y no tien... Vamos á ver si se te alcanza... Hazte la figuración de dos lanchas, una cargada de bonitos, y otra de cencia y sabiduría... ¡Pos don Laureano va en la primera! ¿ta explicao? ¡Ahí duele!





X

Dejando á *Tolete* y la *Mandila* enzarzados en el diálogo anterior, Ana salió al jardín, y sin darse cuenta de lo que hacía, buscó un sitio frondoso, oscuro, donde había un banco cobijado por unas matas de hoja muy tupida. La ventana del cuarto de don José, completamente iluminada por la luz interior, estaba allí frontera, como un ojo de fuego.

Estando á solas, notó que las frases de su padre le habían penetrado en el corazón á sangre y fuego, arrasando todo *lo suyo*, haciendo añicos el ídolo de su alma sin compasión. Vióse á sí misma, como un depósito de ruinas; todo abajo, todo derruido. Tenía dentro una soledad horripilante, no había donde posar una

mirada tranquila. Hacía pocos días, aun tenía en sí un oasis de color de rosa. En aquel mismo banco había visto ella cuadros distintos, de matices alegres. Ahora parecía que la claridad de antes no volvería á lucir: era aquello un ocaso horrible: la despedida de un sol que no volvería jamás... Cerca de ella estaba el caño del agua, medio seco en aquellos días, arrojando en la alberca el agua gota á gota. Todo lo que veían sus ojos, envuelto en las negruras de la noche casi cerrada, habíale inspirado otros días pensamientos halagüeños, ideas dulces; y ahora... todo, todo, árboles y brisas, despedían sobre ella efluvios tristes. Nada había allí que le sugiriera algo animoso y consolador... ¡Qué cosas había aprendido Ana por boca de su padre, á quien tanto respetaba y quería, pese á sus mandatos dolorosos para ella!... Era necesario obedecer, obedecer siempre. Las flores y los pájaros obedecen á Dios; ella á su padre... ¡Qué días la esperaban!... Había dado palabra de olvidar á Raimundo, de querer á Numa, y esto... parecía una cosa mala, á pesar de mandarlo su padre... Pero era necesario; las razo-

nes eran evidentes, tremendas... La miseria de su madre, la vejez sin pan... No había otro camino... Y sin embargo, no podía menos de repetir mentalmente: «Es una infamia». Y pese á los reproches que se hacía á sí misma, y á despecho de todos los consejos paternos, tenía dentro de sí un diablillo nervioso, insubordinado, salvaje, descarado, que se oponía á todo, que osaba decirle sin cesar desde un rincón del cerebro: «Eso es malo»... ¿Tendría ella dentro un espíritu pecador? ¿Sería aquélla la voz del diablo? ¿Sería el espíritu malo, aquel de que hablaban los curas, que siempre está incitando las almas á la perversidad y al pecado? Recordaba Ana que ella, en su niñez, cuando en la calle aprendía á decir palabras feas, las repetía constantemente á su pesar, sin poder reprimirse, y acordábase también de un día que sin poder ahuyentar de la cabeza esta frase: «Muera Dios y viva el diablo», entróle un miedo espeluznante, y corrió desolada al regazo de su madre á contarle tan horrible blasfemia. «Reza, reza, Anita, le dijo entonces doña Socorro riendo; eso pasará rezando ó jugando.» ¿Sería lo de





ahora algo semejante? ¿Por qué aquella voz no acataba la orden superior? Todo era un misterio, todo era inexplicable. Quedó como helada de pronto. El pensamiento de Ana, cansado de revolotear, chocando siempre contra paredes duras y frías, descendió fatigado, alicaído, á las cosas vulgares, y ya sin rumbo, desorientado, como una golondrina perseguida, evocó mil tonterías y futesas, con un relieve insuperable. Sacó á luz con todos sus dibujos y colores escenas del colegio, en las horas que ella jugaba con las chiquillas bailando en corro, y cantando la historia del pajarillo muerto. Vió claramente á un hombrón de boina azul, que hablaba siempre con su criada, y que una vez le dijo á ella: «Cuando tengas diez años más, ya no seremos amigos, Anita.» Un día, en la escuela, la besó en la boca un señorón de ojos sanguinolentos, y Ana al sentir la humedad de aquellos labios, se echó á llorar, limpiándose la boca. «Es muy arisca esta chiquilla», decía la maestra riñéndola. Acordóse del dibujo de una alfombra de la sala donde se sentaba á oír los cuentos del aya, y de un enorme reloj de pared, cuyo ruido

le infundía gran miedo si se quedaba sola en la habitación... Recordó las primeras palabras cruzadas con Raimundo, luego quiso recordar su rostro, y sólo vagamente lo conseguía... Volviendo á pensar en su amor ahogado, lloró en el jardín, cada vez más sombrío... El agua seguía cayendo gota á gota del caño, las cigarras cantaban alegres, y entre aquel cuadro negro de árboles sombríos, la ventana del cuarto del enfermo alumbraba cada vez más, y seguía allí mirando, mirando... El aire del mar había refrescado el jardín. Ana, de pronto, sintió un vacío en la cabeza, como si se le acabaran las ideas; sintió frío luego, y amedrentada y nerviosa, al verse sola, iba á llamar, cuando oyó pasos en la arena que se dirigían hacia ella. Era *Nolo*, que venía hablando solo.

—Si yo mandara en too, habían de icir que siempre tenía razón... pero como no soy na, ahí está... ¡Qué oscuría!... ¡Enseguida va á estar aquí la señorita... y toos emperraos en que sí!...

—Aquí estoy, *Nolillo*...

—¡Diosla!... No se ve gota... Ande, que la llaman arriba...

—Voy... Dame la mano... ¿Qué has hecho esta tarde que no te has dejado ver?—dijo Ana con voz débil.

—Lo de siempre. Achicando la lancha del morral de Bastián... Dimpués salí á las varas pa hacer estobos... y en seguida me dió dos patás *Tolete*, por llegar tarde...

—¿Te han mandado buscarme?

—Ni más ni menos... Too lo manda *Tolete*.. ¡Como tien mal genio!...

Ambos se dirigieron á la puerta de la casa. *Nolo* charlaba por los codos acerca de los pescozones de *Tolete*; Ana iba callada, oyendo á medias la cháchara del granuja.

Dormía la joven en el segundo piso de la casa. Subió la escalera apoyándose en el pasamano, porque sentía á veces gran debilidad que la hacía creer que no tenía cuerpo, y que sólo la cabeza andaba por el aire. Al llegar al pasillo del primer piso, que estaba obscuro, vió allá en un rincón una claridad débil que aumentaba gradualmente. No se dió de pronto cuenta de lo que era, hasta que vió iluminada la nariz y el bigote de *Tolete*, que chupaba en su pipa. La visión

sumióse pronto en la sombra. Desde que don José estaba en la cama, el veterano no se separaba de la casa. De día, con las manos atrás, discurría silenciosamente por los pasillos y galerías, bajaba al jardín, subía, todo sin hablar palabra; de noche sentábase en un banco del pasillo, cerca del cuarto del enfermo, y allí, entre tinieblas, como un alma en pena, fumaba, sin que se notara su presencia más que por el ruido del eslabón ó por el resplandor del fuego de la pipa. Lo mismo era ver al médico, en el cual no creía, que decirle rudamente:

—¿Escampa ó no escampa?

—Veremos, veremos...

—Na hay que ver, ¡crístole!... El jueves ó el viernes ha de estar sano como un coral ó...

Y creyendo que el médico estaba matando á don José, hallábase convencido, sin embargo, de que el jueves saldría con él á dar un paseo... Con estas ideas volvía á sus tinieblas.

Pasó Ana, como decíamos, por delante del marino, entró en el cuarto de su padre á dar las buenas noches, y al retirarse, dijo á doña Socorro:

—Me voy á la cama... No tengo ganas de cenar...

Entró en su dormitorio, alumbrado por la luna, y se asomó al balcón que estaba abierto. Vió á lo lejos algunas casuchas del pueblo. Contempló las nubes del cielo, la ardencia del mar, y después de un rato, molestanda por una gran excitación, se sintió mal, comenzó á mezclar el paisaje de la noche con las ideas del cerebro, formando un amasijo extraño, una mescolanza de cosas materiales y del espíritu. Parecíale que en el aire flotaban sus penas, que los jirones de aquellas nubes eran cosas tristes de la imaginación; que el mar era un enemigo perturbador, horrible, y que ella flotaba también solitaria por el espacio, viendo sombrajos, campanarios, estrellas, tejados, arboledas enormes cubiertas de negruras... Sintió un escalofrío que la hizo dar diente con diente... ¡Qué horror!—exclamó Ana. Y como empujada por un miedo espantoso, cerró de golpe el balcón, y se tumbó en la cama vestida. Tuvo mucho frío, y quedó medio aletargada. En medio de tal congoja, acordóse de escribir á Raimundo, «para termi-

nar». Pero no pudo. Además, ¿para qué?

Y estando Ana entregada á tal baturrillo de pensamientos febriles, oyó golpear en la puerta suavemente. Acordóse de que había ordenado subir á *Nolo* para darle la carta, y dijo:

—Pasa...

—Ya estoy aquí... Venga el papel.

—Enciende luz, *Nolo*... Me siento muy mal. Avisa...

Después de revolver en el cajón de la mesa de noche, encendió *Nolillo* una vela, y vió á la señorita en el lecho. Tenía la cara sonrosada, los ojos brillantes.

—¡Diosla! ¿Ice la señorita que está mala? ¡Si está encarná, y los enfermos son blancos!... ¡Como no los haiga de toos colores!...

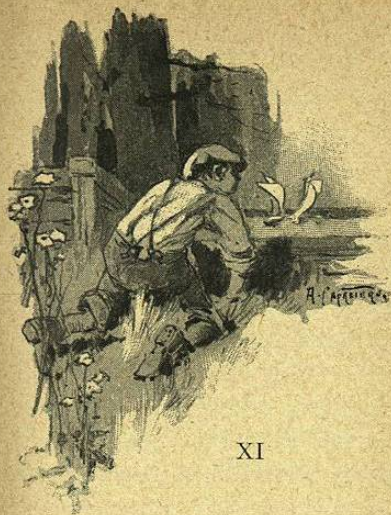
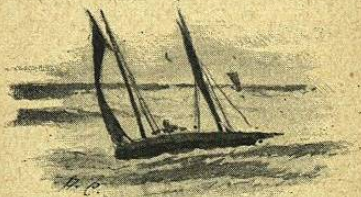
Dejó la vela en la mesa; bajó *Nolo* á llamar á la señora; pero al abrir la puerta del cuarto de don José, detúvole *Tolote*, diciendo:

—¿Adónde vas, sinvergüenza y cochino?... Atrás, que aquí no entra naide sin que yo quiera. ¿Tas figurao acaso que estás en el arenal? ¡Cristole!... Estoy hasta la coronilla de ver entrar aquí pazguátos y faldas, y entavía voy á hacer

un picadillo de ti y too el que se presente...

Hervía *Tolete* de indignación. Cavila que cavila en sus soledades, había llegado á convencerse de que allí sobraba todo el mundo menos él y la señora. Lo que le traía á mal traer, era la presencia de una criada gorda que había venido de Nuvareda con los señores. Cada vez que se tropezaban, *Tolete* mascullaba algún dicho.

—¡La pandorga esa de la ciudad!...



XI

Todos en la casa andaban de puntillas. *Tolete* vagaba por los rincones mareado, como si tuviera en la cabeza todo el oleaje del Cantábrico. La *Mandila* y doña Socorro iban y venían de un lado á otro, atortoladas, y *Nolo* en el patio, se entretenía en ver navegar en la alberca barcos de papel. Ana, presa de una fiebre nerviosa cuya intensidad había alarmado al médico, permanecía en la cama delirando á ratos.

No tenía tiempo doña Socorro para fijarse en sus dolores. Nerviosa y agitada, extrayendo fuerzas, por arte del amor,